

Cajas de cartón (fragmento)

- Actividades de prelectura
p. 6 (A, B)
- Actividad mientras lees
pp. 8-11
Marca todas las formas del pretérito y del imperfecto dentro del texto
- Actividad de comprensión
pp. 11-12 (A) Responde a las preguntas con frases completas
- Actividad de escritura
p. 12 (B) Escoja el tema que más te interese

Capítulo 2

Francisco Jiménez nació en 1943 en México. De niño, emigró a los Estados Unidos con sus padres, quienes trabajaban de braceros. Ha sido profesor de español y decano en la Universidad de California en Santa Clara. El siguiente cuento autobiográfico, publicado en 1977, describe las dificultades en la vida de los hijos de los trabajadores migratorios.

Cajas de cartón

Actividades de prelectura

A. En parejas, discuta las siguientes preguntas.

1. Describa la vida de los braceros.
2. ¿Para qué se usan las cajas de cartón?
3. ¿Cuáles son algunas de las comidas básicas de los mexicanos?
4. ¿En qué clase de viviendas viven los braceros?
5. ¿Hasta qué edad es obligatorio asistir a la escuela?
6. ¿Cómo se siente un(a) estudiante cuando va a una nueva escuela por primera vez? ¿Qué pasa cuando tiene que estudiar en un idioma diferente de su lengua nativa?

B. Estudie el siguiente vocabulario y complete las oraciones con la palabra apropiada.

VOCABULARIO

abolladura *f.* depresión

alejarse *v.* irse

apearse *v.* bajarse de un caballo o vehículo

apresurarse *v.* darse prisa

cabízbajo *adj.* con la cabeza hacia el suelo

capataz *m.* jefe de un grupo de trabajadores

colchón *m.* pieza que se pone sobre la cama para dormir en ella

comején *m.* insecto que come madera

corrido *m.* tipo de música popular típica de México

choza *f.* cabaña, vivienda humilde

empapado *adj.* mojado

lodo *m.* mezcla de tierra y agua

madrugada *f.* amanecer, alba

manguera *f.* tubo flexible usado para regar

mareado *adj.* desorientado;
resultando en
náuseas

mudanza *f.* cambio de casa

olla *f.* vasija honda de metal
usada para cocinar

pálidecer ponerse pálido por
estar enfermo o
asustado

parral *f.* planta que produce uvas

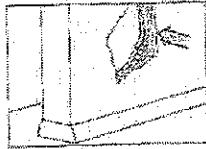
pizcar coger la fruta de la
cosecha

rosal *m.* arbusto que produce
rosas

trastes *m.* utensilios de cocina

volante *m.* parte del auto usada
por el conductor
para manejar

OTRAS PALABRAS



agujero *m.*



asas *f. pl.*

1. Papá tomó el _____ y condujo el coche por cinco horas seguidas.
2. ¡La fiesta duró hasta la _____ toda la noche!
3. Muchos de los indígenas del campo guatemalteco viven en _____.
4. El camión de _____ lleva los muebles a la nueva casa.
5. Cuando me equivoqué, _____ a corregir el error antes de que hubiera malas consecuencias.
6. Prefiero un _____ duro en mi cama porque sufro de dolores de espalda.
7. Tras la caída, la niña tenía la cara _____ de lágrimas.
8. Mi abuela solía escuchar los _____ en el programa de música mexicana.
9. Antes de desmayarse, el hombre _____.
10. Antes de que pudiera llegar el exterminador, los _____ destruyeron la casa.
11. La lluvia entró por un _____ en el techo.
12. El _____ les ordenó a los obreros trabajar hasta las cinco.
13. Los braceros _____ las uvas durante dos semanas antes de declararse en huelga.
14. Se rompió una de las _____ de la olla.
15. El jinete _____ del caballo para darle agua antes de seguir en el camino.

Primera parte

El fin de la cosecha

Era a fines de agosto. Ito, el contratista, ya no sonreía. Era natural. La cosecha de fresas terminaba, y los trabajadores, casi todos braceros, no recogían tantas cajas de fresas como en los meses de junio y julio.

Cada día el número de braceros disminuía. El domingo sólo uno—el mejor pizcador—vino a trabajar. A mí me caía bien. A veces hablábamos durante nuestra media hora de almuerzo. Así es como aprendí que era de Jalisco, de mi tierra natal. Ese domingo fue la última vez que lo vi.

Cuando el sol se escondió detrás de las montañas, Ito nos señaló que era hora de ir a casa. «Ya has hora», gritó en su español mocho. Esas eran las palabras que yo ansiosamente esperaba doce horas al día, todos los días, siete días de la semana, semana tras semana, y el pensar que no las volvería a oír me entristeció.

Por el camino rumbo a casa, Papá no dijo una palabra. Con las dos manos en el volante miraba fijamente hacia el camino. Roberto, mi hermano mayor, también estaba callado. Echó para atrás la cabeza y cerró los ojos. El polvo que entraba de fuera lo hacía toser repetidamente.

Era a fines de agosto. Al abrir la puerta de nuestra chozita me detuve. Vi que todo lo que nos pertenecía estaba empacado en cajas de cartón. De repente sentí aún más el peso de las horas, los días, las semanas, los meses de trabajo. Me senté sobre una caja, y se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que teníamos que mudarnos a Fresno.

La mudanza

Esa noche no pude dormir, y un poco antes de las cinco de la madrugada Papá, que a la cuenta tampoco había pegado los ojos en toda la noche, nos levantó. A pocos minutos los gritos alegres de mis hermanitos, para quienes la mudanza era una gran aventura, rompieron el silencio del amanecer. El ladrido de los perros pronto los acompañó.

Mientras empacábamos los trastes del desayuno, Papá salió para encender la «Carcanchita». Ése era el nombre que Papá le puso a su viejo Plymouth negro del año '38. Lo compró en una agencia de carros usados en Santa Rosa en el invierno de 1949. Papá estaba muy orgulloso de su carro. «Mi Carcanchita» lo llamaba cariñosamente. Tenía derecho a sentirse así. Antes de comprarlo, pasó mucho tiempo mirando otros carros. Cuando al fin escogió la «Carcanchita», la examinó palmo a palmo. Escuchó el motor, inclinando la cabeza de lado a lado como un perico, tratando de detectar cualquier ruido que pudiera indicar problemas mecánicos. Después de satisfacerse con la apariencia y los sonidos del carro, Papá insistió en saber quién había sido el dueño. Nunca lo supo, pero compró el carro de todas maneras. Papá pensó que el dueño debió haber sido alguien importante porque en el asiento de atrás encontró una corbata azul.

Papá estacionó el carro enfrente a la choza y dejó andando el motor. «Listo», gritó. Sin decir palabra, Roberto y yo comenzamos a cargar las cajas de cartón al carro. Roberto cargó las dos más grandes y yo las más chicas. Papá luego cargó el colchón ancho sobre la capota del carro y lo amarró con lazos para que no se volara con el viento en el camino.

Todo estaba empacado menos la olla de Mamá. Era una olla vieja y galvanizada que había comprado en una tienda de segunda en Santa María el año en

que yo nací. La olla estaba llena de abolladuras y miellas, y mientras más abollada estaba, más le gustaba a Mamá. «Mi olla» la llamaba orgullosamente.

Sujeté abierta la puerta de la chocita mientras Mamá sacó cuidadosamente su olla, agarrándola por las dos asas para no derramar los frijoles cocidos. Cuando llegó al carro, Papá tendió las manos para ayudarle con ella. Roberto abrió la puerta posterior del carro y Papá puso la olla con mucho cuidado en el piso detrás del asiento. Todos subimos a la «Caranchita». Papá suspiró, se limpió el sudor de la frente con las mangas de la camisa, y dijo con cansancio: «Es todo.»

Mientras nos alejábamos, se me hizo un nudo en la garganta. Me volví y miré nuestra chocita por última vez.

La llegada a Fresno

Al ponerse el sol llegamos a un campo de trabajo cerca de Fresno. Ya que Papá no hablaba inglés, Mamá le preguntó al capataz si necesitaba más trabajadores. «No necesitamos a nadie», dijo él, rascándose la cabeza, «pregúntele a Sullivan. Mire, siga este mismo camino hasta que llegue a una casa grande y blanca con una cerca alrededor. Allí vive él.»

Cuando llegamos allí, Mamá se dirigió a la casa. Pasó por la cerca, por entre filas de rosales hasta llegar a la puerta. Tocó el timbre. Las luces del portal se encendieron y un hombre alto y fornido salió. Hablaron brevemente. Cuando el hombre entró en la casa, Mamá se apresuró hacia el carro. «¡Tenemos trabajo! El señor nos permitió quedarnos allí toda la temporada», dijo un poco sofocada de gusto y apuntando hacia un garaje viejo que estaba cerca de los establos.

El garaje estaba gastado por los años. Roidas por comejenes, las paredes apenas sostenían el techo agujereado. No tenía ventanas y el piso de tierra suelta ensabanaba todo de polvo.

Esa noche, a la luz de una lámpara de petróleo, desempacamos las cosas y empezamos a preparar la habitación para vivir. Roberto, energicamente se puso a barrer el suelo; Papá y Roberto entonces trajeron el colchón y lo pusieron en una de las esquinas del garaje. «¡Viejita!», dijo Papá, dirigiéndose a Mamá, «¡tú y los niños duerman en el colchón, Roberto, Panchito, y yo dormiremos bajo los árboles!»

Trabajando en la viña

Muy tempranito por la mañana al día siguiente, el señor Sullivan nos enseñó donde estaba su cosecha y, después del desayuno, Papá, Roberto y yo nos fuimos a la viña a pizar.

A eso de las nueve, la temperatura había subido hasta cerca de cien grados. Yo estaba empapado de sudor y mi boca estaba tan seca que parecía como si hubiera estado masticando un pañuelo. Fui al final del surco, cogí la jarra de agua que habíamos llevado y comencé a beber. «No tomes mucho; te vas a enfermar», me gritó Roberto. No había acabado de advertirme cuando sentí un gran dolor de estómago. Me caí de rodillas y la jarra se me deslizó de las manos.

Solamente podía oír el zumbido de los insectos. Poco a poco me empecé a recuperar. Me eché agua en la cara y en el cuello y miré el lodo negro correr por los brazos y caer a la tierra que parecía hervir.

Todavía me sentía mareado a la hora del almuerzo. Eran las dos de la tarde y nos sentamos bajo un árbol grande de nueces que estaba al lado del camino. Papá apuntó el número de cajas que habíamos pizcado. Roberto trazaba diseños en la tierra con un palito. De pronto vi palidecer a Papá que miraba hacia

el camino. «Allá viene el camión de la escuela» susurró alarmado. Instintivamente Roberto y yo corrimos a escondernos entre las viñas. El camión amarillo se paró frente a la casa del señor Sullivan. Dos niños muy limpiecitos y bien vestidos se apearon. Llevaban libros bajo sus brazos. Cruzaron la calle y el camión se alejó. Roberto y yo salimos de nuestro escondite y regresamos a donde estaba Papá. «Tienen que tener cuidado», nos advirtió.

Después del almuerzo volvimos a trabajar. El calor olierte y pesado, el zumbido de los insectos, el sudor y el polvo hicieron que la tarde pareciera una eternidad. Al fin las montañas que rodeaban el valle se tragaron el sol. Una hora después estaba demasiado oscuro para seguir trabajando. Las parras tapaban las uvas y era muy difícil ver los racimos. «Vámonos», dijo Papá señalándonos que era hora de irnos. Entonces tomó un lápiz y comenzó a figurar cuánto habíamos ganado ese primer día. Apuntó números, borró algunos, escribió más. Alzó la cabeza sin decir nada. Sus tristes ojos sumidos estaban humedecidos.

Cuando regresamos del trabajo, nos bañamos afuera con el agua fría bajo una manguera. Luego nos sentamos a la mesa hecha de cajones de madera y comimos con hambre la sopa de fideos, las papas y tortillas de harina blanca recién hechas. Después de cenar nos acostamos a dormir, listos para empezar a trabajar a la salida del sol.

Al día siguiente, cuando me desperté, me sentía magullado, me dolía todo el cuerpo. Apenas podía mover los brazos y las piernas. Todas las mañanas cuando me levantaba me pasaba lo mismo hasta que mis músculos se acostumbraron a ese trabajo.

La escuela

Era lunes, la primera semana de noviembre. La temporada de uvas se había terminado y yo podía ir a la escuela. Me desperté temprano esa mañana y me quedé acostado mirando las estrellas y saboreando el pensamiento de no ir a trabajar y de empezar el sexto grado por primera vez ese año. Como no podía dormir, decidí levantarme y desayunar con Papá y Roberto. Me senté cabizbajo frente a mi hermano. No quería mirarlo porque sabía que él estaba triste. Él no asistiría a la escuela hoy, ni mañana, ni la próxima semana. No iría hasta que se acabara la temporada de algodón, y eso sería en febrero. Me froté las manos y miré la piel seca y manchada de ácido enrollarse y caer al suelo.

Cuando Papá y Roberto se fueron a trabajar, sentí un gran alivio. Fui a la cima de una pendiente cerca de la choza y contemplé a la «Carcanchita» en su camino hasta que desapareció en una nube de polvo.

Dos horas más tarde, a eso de las ocho, esperaba el camión de la escuela. Por fin llegó. Subí y me senté en un asiento desocupado. Todos los niños se entretenían hablando o gritando.

Estaba nerviosísimo cuando el camión se paró delante de la escuela. Miré por la ventana y vi una muchedumbre de niños. Algunos llevaban libros, otros juguetes. Me bajé del camión, metí las manos en los bolsillos, y fui a la oficina del director. Cuando entré oí la voz de una mujer diciéndome: «May I help you?» Me sobresalté. Nadie me había hablado inglés desde hacía meses. Por varios segundos me quedé sin poder contestar. Al fin, después de mucho esfuerzo, conseguí decirle en inglés que me quería matricular en el sexto grado. La señora entonces me hizo una serie de preguntas que me parecieron impertinentes. Luego me llevó a la sala de clase.

El señor Lema

El señor Lema, el maestro de sexto grado, me saludó cordialmente, me asignó un pupitre, y me presentó a la clase. Estaba tan nervioso y tan asustado en ese momento cuando todos me miraban que deseé estar con Papá y Roberto pizcando algodón. Después de pasar la lista, el señor Lema le dio a la clase la asignatura de la primera hora. «Lo primero que haremos esta mañana es terminar de leer el cuento que comenzamos ayer», dijo con entusiasmo. Se acercó a mí, me dio su libro y me pidió que leyera. «Estamos en la página 125», me dijo. Cuando lo oí, sentí que toda la sangre me subía a la cabeza; me sentí mareado. «¿Quisieras leer?», me preguntó en un tono indeciso. Abrí el libro a la página 125. Mi boca estaba seca. Los ojos se me comenzaron a aguar. El señor Lema entonces le pidió a otro niño que leyera.

Durante el resto de la hora me empecé a enojar más y más conmigo mismo. Debí haber leído, pensaba yo.

Durante el recreo me llevé el libro al baño y lo abrí a la página 125. Empecé a leer en voz baja, pretendiendo que estaba en clase. Había muchas palabras que no sabía. Cerré el libro y volví a la sala de clase.

El señor Lema estaba sentado en su escritorio. Cuando entré me miró sonriéndose. Me sentí mucho mejor. Me acerqué a él y le pregunté si me podía ayudar con las palabras desconocidas. «Con mucho gusto», me contestó.

El resto del mes pasé mis horas de almuerzo estudiando ese inglés con la ayuda del buen señor Lema.

La trompeta

Un viernes durante la hora del almuerzo, el señor Lema me invitó a que lo acompañara a la sala de música. «¿Te gusta la música?», me preguntó. «Sí, muchísimo», le contesté entusiasmado. «¿me gustan los corridos mexicanos?» Él cogió una trompeta, la tocó un poco y luego me la entregó. El sonido me hizo estremecer. Me encantaba ese sonido. «¿Te gustaría aprender a tocar este instrumento?», me preguntó. Debí haber comprendido la expresión en mi cara porque antes que yo le respondiera, añadió. «Te voy a enseñar a tocar esta trompeta durante las horas de almuerzo.»

Ese día casi no podía esperar el momento de llegar a casa y contarles las nuevas a mi familia. Al bajar del camión me encontré con mis hermanitos que gritaban y brincaban de alegría. Pensé que era porque yo había llegado, pero al abrir la puerta de la chocita, vi que todo estaba empacado en cajas de cartón...

(Francisco Jiménez, «Cajas de cartón» en «The Bilingual Review/La Revista Bilingüe», Vol. 4: 1970.)

Actividades de poslectura

A. Con un(a) compañero(a), conteste las siguientes preguntas.

1. ¿Qué representa el carro para el padre? ¿Por qué le impresiona el hecho de encontrar una corbata en él?
2. ¿Por qué es tan importante la olla para la madre?
3. ¿Qué ventaja tenía la madre cuando buscaba trabajo?
4. ¿Por qué reaccionaron con alegría los hermanitos mientras que el narrador se sentía triste al saber de la mudanza?

5. Haga una serie de dibujos detallados de la escena en que se enfermó el narrador.
6. ¿Por qué se escondieron Roberto y el narrador cuando vino el autobús escolar?
7. ¿Por qué «estaban humedecidos» los ojos del padre cuando figuró las ganancias del día?
8. ¿Por qué se bañaron «bajo una manguera»?
9. ¿Por qué el narrador no quería mirar a Roberto el día que comenzó a asistir al sexto grado?
10. Describa su primer día en esa escuela.
11. ¿Qué ilusión tenía el narrador en el último párrafo? ¿Cuál fue su desilusión al abrir la puerta de la chocita?

B. Escoja una de las siguientes actividades de escritura.

1. Escríbale una carta a Francisco Jiménez, pidiéndole más información sobre su niñez y los cambios en su vida desde entonces.
2. Escriba una composición contrastando su vida con la del narrador del cuento.

